

UN VIAJE LLAMADO CASAFRANCA

Todo comenzó aquel día en que soñé con mis abuelas. Era el típico tiempo de balance, 2015 llegaba a su fin, la Navidad estaba al caer, el verano cercano nos susurraba vacaciones y descanso, y yo debía dar vuelta a otra página de mi vida, cuando Adela y Teresa se plantaron frente a mí y me observaron con ojos profundos.

En completo silencio me hablaban de amor, de ternura, de aliento; y con un imperceptible balanceo de sus cuerpos, me acunaban, mientras yo, sin poder salir del asombro, sonreía. No quería que ese sueño terminara, tan bello era, tan protegida y amada me sentía, pero hubo un detalle que cautivó mi atención y, en gran medida, impulsó mi despertar: mis abuelas sonreían. Ésa era toda una novedad, yo sólo las había conocido a través de viejas fotos y, por aquellas épocas, una foto era cosa seria y pocos se atrevían a dibujar una sonrisa frente al fogonazo que eternizaba el momento. Evidentemente, esa imagen del sueño provenía de algún sitio que no era precisamente mi memoria, porque en ninguna foto que yo recordara, Adela y Teresa habían brindado un atisbo de alegría a sus labios.

Fue después de ese extraño y bello sueño cuando retomé otro sueño mío, viejo y aparentemente inalcanzable: volar a España y visitar los pueblos de mis abuelos –Palacios de Salvatierra, Endrinal y Casafranca- y Guijuelo, la pequeña ciudad donde nació mi padre. Pero desde el comienzo debo confesar para no faltar a la verdad, que era Casafranca mi meta principal. Mis abuelas, que eran parientes entre sí, habían nacido allí, y su presencia en el sueño les daba un protagonismo que yo francamente nunca les había otorgado y que ahora no quería eludir.

En el mismo inicio de la búsqueda de información, me topé con una página web maravillosa sobre Casafranca. No podía creerlo; de los otros pueblos, poco y nada, y de Casafranca, todo: la historia de sus orígenes, su actualidad, fotos, videos, en fin, todo. Y todo bello. Percibí que era una página hecha con tanto amor, que no dudé en escribir al mail de contacto, contar mi historia y la de mi familia, y concretar un intercambio epistolar hasta que llegara el momento aún no definido de cumplir con mi necesidad de volver al origen.

Escribí como quien escribe para sí mismo en un diario personal, tan poca era la expectativa de que alguien respondiera del otro lado, pero un puñado de horas más tarde alguien del otro lado respondió. Era Virginia , quien junto con su hermana María Rosa, alimentaban la página web con iguales dosis de esfuerzo y cariño a la tierra. Desde el comienzo, sentí que ella me escribía como a una vieja conocida, me hacía llegar información fundamental, me daba consejos para indagar sobre mis orígenes desde la remota República Argentina, y sobre todo, hablaba de mi viaje con la seguridad plena de que iba a concretarlo en un tiempo próximo, seguridad con la que ni yo misma para ese entonces contaba.

En resumidas cuentas, a partir de mi contacto con Virginia, para comprar los pasajes sólo faltaba el pequeño empujón de mi amiga Marta quien, al escuchar lo que me venía sucediendo, me dijo simplemente, como una especie de abracadabra: vamos, yo te acompaño. Y comenzamos a planear el viaje. Mientras tanto, hasta el 18 de mayo en que emprendimos vuelo, continué intercambiando mails con Virginia, nos hicimos amigas en Facebook, lentamente y a la distancia nos fuimos conociendo. Entreveía una mujer íntegra y solidaria, pero bueno, todo era muy relativo desde tan lejos.

Así y todo, llegué con muchas ilusiones al día de nuestro encuentro en Madrid, que es donde ella vive. Y todas esas ilusiones fueron pocas al lado de lo que encontré: Virginia me mostró su amada Madrid con tanto detalle y cuidado, fue tan hospitalaria, tan cálida, que no quiero que esto suene a adulación, prefiero ser concreta y decir que, tras horas -que parecían minutos- de caminatas, charlas, historias de vida, pésimas fotos sacadas por mí, risas y algunas lágrimas ahogadas, tuve el convencimiento de que a Virginia la conocía de toda la vida. Pero esto recién comenzaba.

Enorme fue mi sorpresa cuando, luego de ese encuentro y a punto de continuar viaje a Salamanca, Virginia me avisó que, tras analizar la información que tenía sobre la rama de su familia de apellido Velázquez (el apellido de mis abuelas), había descubierto que somos primas. Su tatarabuelo, mi tatarabuelo por parte de Teresa y el padre de Adela fueron hermanos. Y por si esto fuera poco, también me enteraba de que el día que yo había asignado para conocer Casafranca era, justamente, el día de la fiesta del pueblo, con misa, procesión y festejo. A esa

altura, tenía que rendirme a la evidencia: la responsable de planear ese viaje no era yo, alguien iba acomodando cada detalle a su gusto. Y convencida de que todo era para bien, me dejé llevar.

Desde Salamanca salí aquel domingo lluvioso y de cielo plomizo rumbo a Guijuelo. Mi plan hubiese sido llegar primero a Casafranca para el final de la misa, luego buscar a María Rosa, la hermana de Virginia, recorrer las breves calles del pueblo y seguir camino para Endrinal, Palacios de Salvatierra, Guijuelo. Pero como ya estaba alertada de que una mano invisible guiaba mis pasos, decidí lo imprescindible: tomar un taxi desde la terminal de buses de Guijuelo hasta la iglesia. Y después... quién podía saberlo.

Recuerdo que apenas pisé suelo casafranqueño, comencé a agradecer ese día que de antemano sentía que sería inolvidable. Poder entrar en la iglesia, que habitualmente permanece cerrada, participar de la procesión al compás de los tamboriles y las flautas, observar de cerca por primera vez a sus habitantes y al padre Blas, del que Virginia tanto me había hablado por la enorme obra que realiza en la zona, todo tenía para mí ribetes mágicos. Y todo era además un regalo inesperado.

La celebración estaba finalizando y me dispuse a averiguar si alguien podía guiarme a la casa de la hermana de Virginia, pero unos gritos apasionados suspendieron mi búsqueda. "¡Eres mi prima, eres mi prima!", una mujer se dirigía a mí, y en la confusión yo pensé que se trataba de María Rosa. Pero no. Era Lumi, que tomándome del brazo hablaba hacia todos los vecinos y les contaba con el mismo apasionamiento del principio que yo era su prima de Argentina. Así, en un caos de información, me enteré que había otra prima esperándome junto con su marido Hilario, de sonrisa franca y cálida. Entre abrazos, gritos y presentaciones, Lumi, con todo el salero que Dios le dio, alcanzó a explicarse: Virginia le había contado a María Rosa, María Rosa a Lumi, prima a su vez de las hermanas, y todos felices de saber que tienen familia al otro lado del océano. Hago un breve paréntesis para aclarar que si alguien no comprende de qué se trata el salero español, un encuentro con Lumi bastaría para entenderlo a la perfección.

Así, yo bastante aturdida por la sucesión de sorpresas, Lumi e Hilario felices, llegamos a la casa de María Rosa y Paco. Ahí me

esperaría la mejor guía de Casafranca que nadie pudiera conocer. Adivinando siempre lo que yo quería saber, María Rosa -Mao, para la familia- caminó conmigo una y mil veces las calles del pueblo, bajo la copiosa lluvia me mostró sus antiguas casas, sus enseres, sus corrales, sus graneros, su bella dehesa; hasta el más pequeño objeto guardaba una historia que yo trataba infructuosamente de memorizar; me contó con lujo de detalles la vida -dura, sacrificada, de mucho esfuerzo y en medio de un clima inclemente- de las mujeres casafranqueñas que, en la época de mis abuelas, trabajaban en el campo a la par de los hombres.

En ese momento, pensé en mis padres y mis cuatro hermanos; era mucho para mí sola y hubiese deseado compartir ese momento maravilloso con todos ellos, repartir entre los siete tanta magia, tanto milagro, tanto por escuchar y aprender. De mis abuelas, no me cabía ninguna duda: andaban por ahí, chapoteando entre los charcos que la lluvia iba rellenando de a ratos, gritando desahoradas, corriendo y saltando. Adela, enfundada en unos zapatones enormes y destartados, bailaba feliz mientras salpicaba a diestro y siniestro con los golpeteos de sus pies; tenía la pierna que siempre le había faltado. Como una criatura, Teresa experimentaba los pequeños deleites de la niñez, éstos que la necesidad, la incertidumbre y el destierro le habían arrancado. Iba y venía, desobediente, por la Calle de los Álamos, en la que Mao suponía que había vivido.

No recuerdo cuántas vueltas dimos, el tiempo y el espacio se me desdibujaron por completo aquel día. Sé que hicimos una pausa, almorzamos en su casa junto con Paco, su marido, para luego retornar la recorrida por esas calles extrañamente circulares y anchas. Y en algún momento de la tarde, fuimos al encuentro de Hilario y Lumi. Los tres me contaban historias al mismo tiempo, los tres me reprochaban no haber planeado quedarme varios días en Casafranca (como si hubiese debido adivinar la maravillosa familia que me aguardaba) y yo pensaba por qué me habría hecho merecedora de semejante bendición, de ese instante irrepetible, de ese día plagado de sortilegios.

A esta altura del relato, estarán adivinando que la visita al resto de los pueblos quedó para mejor ocasión. El último micro a Salamanca pasaba por Guijuelo a las 20.45. A las 20.52, sentenció Hilario, quien junto con Mao me llevaría hasta la terminal y, mientras entre lamentos continuaban quejándose de

tan corta visita, temí muy seriamente que el micro llegara a Salamanca sin mí.

Con el auto ya en marcha, Lumi me entregó por la ventanilla una caja de galletitas, que yo tuve que aceptar sin chistar, aunque me hubiera gustado decirle que me iba con el corazón cargado de cariño, que no había para mí regalo más grande que ese día, que... la salerosa Lumi no hubiese admitido ningún pero, así que me limité a agradecerle y a tomarla de la mano por última vez.

En el camino, Hilario habló de los duros tiempos de la Guerra Civil, del hambre, del frío, de la falta de abrigo, del eterno agradecimiento hacia los familiares que habían emigrado y que los proveyeron de lo necesario en los peores momentos. Mao me contaba detalles olvidados en la última pasada por el pueblo, siempre cálida y preocupada por mí, para que yo pudiera llevarme todo aquello que había ido a buscar. ¡Cómo contarles que mi alma había caminado aquellas calles durante siglos, había trabajado de sol a sol en la dehesa, había padecido el frío congelante del invierno, se había quemado las manos tocando las estalactitas de hielo que colgaban de los techos cada amanecer, se había refugiado en la iglesia-fuerte de Fuenterroble de Salvatierra en momentos de peligro, había conocido el atalaya del pico de Monreal, allí frente a Casafranca, desde el mismísimo día en que Juan Velázquez, el labrador, llegó al pueblo, allá por 1750! No lo hice, me mantuve en silencio, escuchando ávida sus relatos.

Llegamos así a la terminal de Guijuelo. Finalmente Hilario tenía razón, el micro se detuvo en la dársena a las 20.52. Con los ojos vidriosos, él y Mao me despedían y del corazón me surgió un "Volveré muy pronto", mientras mis dos custodias invisibles tiraban de mi ropa, suplicándome quedarnos un poco más. Repetí para Hilario, para Mao y para ellas también: "Sí, voy a volver. Prometido". Hilario me miró a los ojos y me pidió: "Pronto, pronto, antes de que me muera".

Ya mi padre y mis tíos abuelos Joaquín y Camila me habían instruido bien sobre las extorsiones españolas. Para quien no lo sepa, una extorsión en una familia española que se precie de tal es una petición tierna, fatalista e inapelable. Como las palabras de Hilario. Le sonreí dando por entendido el mensaje y agradeciendo el gesto: no se extorsiona a cualquiera, sólo al

que merece nuestro cariño. Definitivamente, yo ya era parte de la familia, más allá de la sangre, más allá de los apellidos, a partir de aquel día seríamos familia de corazón.

Cuando desde la ventanilla perdí de vista a Hilario y Mao, repetí: sí, volveré, jugaremos por las calles de Casafranca, recogeremos flores silvestres en la dehesa, nos zambulliremos en la charca bajo el sol tórrido del verano, observaremos en silencio el pico de Monreal al atardecer. Porque, como en un trastocamiento cronológico y generacional, ahora yo era la abuela y ellas, Adela y Teresa, mis nietas. La noche fue envolviendo al micro, mientras yo las acunaba en mi corazón. Como ya dije, todo empezó aquel día en que soñé con mis abuelas... y tal parece que, en realidad, no era un sueño. Con todo mi agradecimiento para Virginia, César, Mao, Paco, Lumi e Hilario, y para mi compañera de viaje, Marta Barbarito. En homenaje a mis abuelos Juan, Adela, Ángel y Teresa.

Graciela Teresa Rodríguez